

Sugestão de citação: Beatriz Cienfuegos (Ed.): "Pensamiento XXXVIII", em: *La Pensadora Gaditana*, Vol.3\38 (1764), S. 355-384, etidado em: Ertler, Klaus-Dieter / Hobisch, Elisabeth (Ed.): Os "Spectators" no contexto internacional. Edição Digital, Graz 2011-2019, hdl.handle.net/11471/513.20.105

Pensamiento XXXVIII

Se hallará todos los Jueves en la Librería de D. Salvador Sanchez
Ossorio, frente del Corréo: Y de D. Manuel Ferrera, frente del Populo.

Cadiz, y Marzo 23. de 1764Imprimasse. Dr. Cavallero.

Cadiz, y Marzo 23. de 1764.Doy Licenzia para que se imprima. Villaformada.

Ha fingido nuestra viciada naturaleza tal saynetillo en la indigna práctica de la Murmuracion, que pocos son los que se libentan de verse cogidos en esta traydora Red. Apenas en una conversacion se finaliza el común estylo de las cortesias, y preguntas de novedades, quando insensiblemente se deslizan, aún los mas circunspectos, hacia èsta fingida diversion de criticar las acciones ajenas, y beben tan gustosos todo el vaso de este mortal veneno, que no conocen los daños, por mas que les avisen los escarmientos. En las Tertulias, y Compañías, donde faltan las picantes sales de éste abusso: mejor me explicarè: donde todos no se entregan à las censuras crueles, y à las satyras sangrientas, con las que sin piedad se destruyen, y hacen pedazos la buena fama, y honra de los ausentes, todo es frialdad, y tibieza: y parece que se hallan como violentos sin aquella diversion depravada. Decía Æsopo, que la mayor parte de los Hombres traían alforjas, en cuya delantera colocaban los vicios, y defectos de sus Proximos, para tenerlos mas à la vista; y à las espaldas echaban descuydados los suyos propios, por alejarse de su conocimiento. Pero hán de reparar los que sigan esta errada maxima, que mientras se hallan divertidos en desmenuzár y correr las ajenas faltas, que otros por pagarles en la misma moneda, registran la alforja de sus espaldas, y sacan à la plaza, lo que tanto procuran ocultar, quedando de esta forma castigados por los mismos filos. Ciertamente que si todos se hicieran esta reflexion, de que aquellos que les oyen con gusto murmurar, y añaden pavulo à la voracidad de su malicia, son los que, apenas vuelven la espalda, les hacen objeto de sus censuras, y assumpto de sus satyras, que mas de quatro se detuvieran en tan infame delito, y procuráran no dár motivo con su mordacidad á ser vengados por los mismos terminos. De la Murmuracion hán hablado muchos, y tambien el Pensador de Madrid; pero de la especie de detraccion que intento rebatir, aunque se vè comprehendida tacitamente en aquellos discursos, no la hán tratado de intento, ni aún me parece, que por incidencia, lo que anima à mi Pluma à ejecutarlo, pues la oportunidad del Santo tiempo en que estamos, y lo común que se há hecho en todas classes de gentes, me dà motivo para no despreciar la idèa.

En estos devotos dias de Quaresma debémos retirarnos todos à el Sagrado de los Templos, huyendo de los yerros, en que nos hemos visto aprisionados ciegamente para que en tan seguro refugio cobrémos la libertad, que teníamos perdida entre el tropèl confuso de las preocupaciones defectuosas. Debemos oír con humildad resignada los provechosos avisos, que se nos franquean en los Pulpitos, para que à sus Santas reconvenciones huyámos de las torcidas sendas de el vicio, y guiémos nuestros passos por el amable camino de la virtud. Este es el fin de tan Sagrado Tiempo, y el que debíamos apetecer toda la vida: pero causa un dolor grande el ver à tantos, que solo van à los Sermones, para hacer crítica de ellos, y hallar assumpto en que cebàr su mordacidad. Esta impía murmuracion es el objeto de esta Semana: y no me censuren la idèa, porque en el Tribunal de una Pensadora, no será extraño se trate una materia de tanta importancia; pues siendo el Ministro que las presenta el Pensamiento, alcanza su Jurisdiccion donde llegan los terminos de su voluntad. Tampoco temerè la crítica de los envidiosos porque los genios amantes de la verdad, no tendrán à mal, que una Pensadora Catholica Christiana por la gracia de Dios, se ponga à discurrir sobre la estimacion de los principales instrumentos de nuestro bien, que son los Predicadores.

No hay accion mas fea, ni mas contra toda Justicia, que la desenfrenada ossadía, con que toda especie de Gentes se ponen de intento â censurâr los Sermones, y â burlarse en sus conversaciones de los MINISTROS de el ALTISSIMO. Estos quando vãn â un Sermôn son llevados por una curiosidad impertinente, y assisten â ellos con un animo estragado, y sin deseo de aprovecharse de su Doctrina: parando la consideracion en las voces, y acciones, y en su mala, ô buena colocacion. ¿No sería rediculèz digna de el desprecio, el vér â un Enfermo, que entrando el Medico visitarle, para ordenâr los remedios conducentes â su mejoría, se pusiesse con empeño â fiscalizâr su modo de hablâr, el manejo de sus aforismos, y las idèas del systhèma de su curacion? Sin duda, que todos burlandose, le dirian: si V.m. quiere libertarse de los accidentes que le afligen, no se pàre en frioleras, y tome los remedios que le rezetan, porque el Medico solo intenta curarle, y no deleytâr su curiosidad con el modo de la curacion. Son los Predicadores Medicos Sagrados de nuestras Almas, todos procuran el remedio de nuestras dolencias, con que todos debèmos sugetarnos â sus cõsejos, y no despreciar sus avisos, por menos gratos â el oido, y assi el que asistiere â los Sermones con los mismos deseos de encontrar la salud espiritual, que un Enfermo de aliviarse de los males corporeos, no será ossado en criticar la gracia, la presencia, la voz, y acciones del Predicador: admitirà en el fondo de su corazon las sólidas verdades que le comunican, y con la buena fé de recibirlas, suplirá discreto, si acaso su elocuencia fuesse de la mas peynada, ô sus discursos de los mas nerviosos: y de esta manera cumplirá con la obligacion de un fiel oyente, que solo busca la ocasion de aprovecharse.

Me parece, que en ningun siglo se há visto mas extendida la murmuracion contra los Predicadores, que en èste: todos se toman la licencia de hablâr sobre este assumpto con una libertad, que no dexa de causâr bastante daño. Como se hà hecho especie de moda esta critica, de la misma suerte se oye tratâr de una cosa tan alta en los Estados entre las Damas, que si hablaran de los Peynados, los Abanicos y los Cortejos: haciendo una critica de los Predicadores, por las mismas reglas que si la hicieran un Representante. ¡Lastimoso delirio! No distingüen éstas Señoras que â la Comedia solo se vâ â buscar el deleyte de las voces, y la uniformidad de las acciones; pero en los Sermones (verguenza me dá hacer esta comparacion entre Catholicos) se atiende â la substancia de sus clausulas; no á que éstas sean brillantes, y de la nueva Impression, porque los Oradores no todos pueden explicarse de una manera, que agrade â todos; y todos los que prediquen diràn una misma cosa, que es amâr la virtud, y huír el vicio: atiendase â esto, y lo demas desse por no oído.

Hay muchos Hombres, que apenas saben ponèr la pluma en el papèl para una Carta, y yá se atreven á censurâr la falta de mètthodo de un Sermôn, la violencia de los textos, y la tibieza de las expressions: estos ni saben lo que dicen, porque ignoran lo que escucharon: ni se aprovechan de la doctrina, porque su viciado discurso la desprecia: vãn â los Sermones, ô por passâr el tiempo, ô porque vén ir â otros: están en los Sermones con el Cuerpo; pero sus idèas muy ajenas de aquella ocasion: â cada instante sacan el relòx, porque se hace larga la doctrina: y luego muy presumidos en la primera visita que entran, refieren que vienen mortificados, porque estuvieron en tal Iglesia, y oyeron á un Padre muy pesado, que su Sermón no valia nada. ¡Buena expression de un racional Catholico! ¿Y qué se podrá inferir de esto? El que tiene el gusto para lo bueno estragado con las preocupaciones del Mundo, y no acierta á aprovecharse de las verdades de nuestra Religion, quando estas se le enseñan por nuestros Sacerdotes, que tanto se desvelan el común aprovechamiento. ¿Y pensarán estos, que no han murmurado? Pues algun dia lo verán.

Se mira â muchos Doctos, que sin la menor precaucion se ponen â referir los defectos, que han notado delante de toda clase de personas, sin prevenir los riesgos á que exponen el respecto de nuestros Predicadores: y en estos es un delito el mas digno de castigo. Que entre dos, ô tres Hombres juiciosos ê instruydos, como por conversacion, y como quien habla de esta pieza de rethorica se pongan â numerâr la falta de sus reglas: noten la mala propiedad de algunas voces: discurran sobre el estylo, si es nervioso, lánguido, ô fluido: traten de la aplicacion violenta de alguna autoridad: motejen la poca fuerza de algunas pruebas, etc., puede passâr: porque estos como capaces de hacer otro tanto, tienen facultad de notâr sus defectos, para sabér huír de ellos, quando se les ofrezca la ocasion. Pero que estos mismos en los Estrados, en las Tertulias, y aún en los Cafeès, en presencia de tantos enemigos de nuestras verdades, suelten las riendas â su critica, y echen â rodar crédito de los Predicadores, es indigna murmuracion, es falta de virtud: y no sé si diga, que es sobra de impiedad. Estos de quienes hablo, por la razòn que son inteligentes, deben con estudio particulâr, escondèr del infimo pueblo tales faltas: porque èste como mira las cosas â bulto, y sin reflexion, de estos antecedentes saca por consecuencia, el que muchos Predicadores no saben lo que se dicen, y como no los distingue, echa el fallo grossero de su ignorancia sobre

todos: y por esta causa recibe la doctrina sin amòr, y humildad: cobrando aliento con aquellos exemplos, para metèr su quarto â espadas, y dâr voto sobre lo que no entiende.

Quantos Petimetres, que apenas han registrado el Arte de Nebrija, salen de un Sermòn, tirando tajos, y rebeses contra el Predicador, muy metidos â Sabios, pareciendolos, que por saber seguir assi, assi una conversacion, yâ han pisado el alto Monte de las Musas, y que pueden dâr voto en todos assumptos. Estos parecerán muy bien, censurando â una Damisela presumida de culta, dando voto sobre las Modas: tal vèz sobre algun puntillo de Historia, con tal que no sea muy obscuro: pero sobre Sermones es meterse en sembrado ageno, y exponerse â decir mil disparates. Confiesso, que un Sermòn trabajado segun todas las reglas de la verdadera Oratoria, y dicho con una particulâr gracia, serà mäs grato â los oyentes, y tal vèz hará mejor efecto en los corazones, porque junta â la fuerza de las verdades, que aconseja, el dulce atractivo de la Rethorica. ¿Pero porque estos sean tan dignos de el aplauso, nos havèmos de tomâr la licencia los Ignorantes, y los que no lo sean, de censurâr â aquellos que no pueden executâr otro tanto, quando estos podrán tenèr mas espiritu, mejor intencion, y menos ansias por sus particulares lucimientos? No hay razòn por sophistica que sea, que se atreva â honestar este irreligioso atrevimiento. Nos predicán lo que debèmos saber: nos ponen presentes los yerrores, y nos manifiestan la virtud: pues el Entendido arroje la paja de las expresiones humildes, la falta de hermosura en el estylo, la debilidad de los pensamientos; y abraze con corazon pio, y religioso el grano de la verdad, que allí està mezclado, y saldrà con aprovechamiento, y con mèrito. El Ignorante calle humilde, y obedezca gustoso, y cumplirà con lo que le manda su Religion; que hacer lo contrario es tenèr poco respecto â las altas verdades, que se nos ofrecen en tan Santo lugar.

Parece que oygo las replicas de más de quatro Criticos, de esos que se discurren iguales â los Cicerones, â los Demosthenes, y â los Senecas, y en la realidad de nada están mas lejos; que dicen jactanciosos: sin duda esta Mugèr pretende, que un Hombre de luces muestre insensible â las ignorancias de algunos, que mäs nos muelen, que nos predicán. La misma rèplica solo por la expression de sus voces es digna de el desprecio. En la Cathedra del Espiritu-Santo, en aquel lugar Canonizado por el mismo Dios para nuestra enseñaanza, no se deben suponer ignorancias, pesadèces, ô poca gracia, si se oye con oídos pios, devotos, y Catholicos: y si algunas veces se escuchan clausulas no bien explicadas, textos violentos, ô pruebas sin relacion â el principal objeto; todo esto se tiene como accidental, que no varia la substancia de lo que se debe creér, ni obrâr en una coma. Lease el Sermòn de el mas inepto principiante, procurese apartâr con cuydado, ô sin cuydado quanto inutil en él se hallàre, y luego â el punto se encontrará limpia, y brillante una verdâd Evangelica, que fuè el objeto de su trabajo: no obstante que por su corta capacidad no consiguió adornarla, segun su dignidad, y hermosura. Assi sin la menor duda sucederá; pues si siempre nos predicán lo que debèmos executâr, y el modo mas exacto de practicâr nuestras Christianas obligaciones, ¿por què no las abrazamos gustosos, apartandonos de nuestra inconsiderada crítica? Pues el Enfermo, que gradúa la eficacia de la Medicina por la exterioridad del vaso, mas procura el deleyte de los ojos, que la sanidad de su dolencia.

Havrà muchos, que intentarán hacerme partidaria de una de las dos opiniones, en que vèmos dividida la Oratoria: pero no lo conseguirán con certeza, porque hé procurado con todo empeño ocultâr su inclinacion: lo primero, porque no tengo ciencia suficiente para graduâr la disputa: y lo segundo, porque no es de el assumpto que trato. Estas porfias entre Personas no facultativas siempre son odiosas, y arriesgadas, y assi nos debèmos contentâr, con oír deseosos de conseguir el remedio de nuestras espirituales dolencias, sin que trascienda nuestra ossadia â publicar las faltas de unos, por llenâr de aplausos â los otros: èsta controversia està sugeta â Tribunal tan Superior, que nuestra curiosidad solo le registra en adoraciones. Mientras nos permita uno, y otro modo, los dos havemos de recibir obedientes, sin que la mordacidad de los ànimos viles se valga de las passiones para la detraccion injusta pues èsta siempre serà digna de el mayór castigo.

Los que de esta manera se entregan á murmurâr de los Sermones son aquellos que aborrecen la luz porque están contentos en su ceguedad. En los Sermones predicados segun su genio, ô inclinacion, halla la verdâd, es assi: pero no lo vèn: porque divertidos con la coordinacion de las voces, la sublimidad de los conceptos, la estructura de la Oracion, la multiplicadâ de los textos, los pensamientos nerviosos, la claridad de las expresiones, como no vâñ â otra cosa, en esto paran la atencion, y el fin principal abandonan, pues como consigan los deleytados (segun su gusto) quedan contentos: pero si oyen Sermones que no son de su dictamen en el estylo, como no

encuentran lo que les agrada, y se les pone delante la verdàd, porque no los halla divertidos en otra cosa, se desazonan, y luego al punto nace su murmuracion.

No consideran en que todos los que ocupan aquel lugàr, llevan la intencion mas alta que se puede apetecèr: los que nos panegyrian à los Santos, nos delinean sus virtudes, porque veàmos de los medios de que se valieron, para merecèr tanto con Dios: y nos alentèmos à practicàrlos, para sèr igualmente como ellos felices. Otros nos enseñan la observancia de los preceptos de nuestra Ley, y el modo de cumplir exactamente con las Divinas maximas. Otros nos reprehenden nuestras inconsideraciones y defectos: y nos declaran los castigos de que se hacen dignos los delinquentes: para conseguir estos santos fines las dos opiniones toman distintos rumbos; pero siempre vienen á paràr en un mismo punto como à centro de todos los deseos Catholicos: por cuyas razones debèmos oír siempre atentos, y humildes las voces de los que nos predicán, sin andàr murmurando de sus accidentales faltas.

Tengan todos presente, que estos santos Hombres se desvelan, y afligen con los estudios por nuestro bien: y que respecto à que solo procuran nuestro beneficio, debèmos atendèr à que el ànimo con q[ue] nos le ofrecen, es acreedòr de los mayores agradecimientos: porque en toda classe de beneficios no se debe atendèr à las qüalidades, que los diferencian, sino à el sencillo, inocente, y bien inclinado corazon de quien los franquea, debiendo correspondèr à esta preciosa circunstancia con un agradecido reconocimiento. Assi lo hizo *Socrates* con uno de sus Discipulos llamado *Eschines*: pues siendo èste muy pobre, y viendo que los otros Condiscipulos regalaban mucho à su Maestro, impaciente por satisfacèr el deseo, que tenia de ser agradecido, [se] llegò un dia animoso, y le dixo: *Nada encuentro en mi pobreza, que siendo digno de tu merito pueda darte cuya sola consideracion es la que hace mi necesidad intolerable: pero por complacèr à el ansia, que tengo servirte, te doy gustoso una sola alhaja que poséo, que es à mi mismo: èste dòn que te ofrezco, aunque inutil, te suplico no le desprecies: y piensa, que quando todos te colman de riquezas, les quedan muchas màs; pero à mi ninguna otra, cosa me resta.* Agradecido *Socrates* un corazon tan bien inclinado, le respondiò: *Esto que me ofreces, verdaderamente lo aprecio como à el mayor regalo: y en prueba de mi agradecimiento pondré todo el cuydado possible, para que tu à ti mismo vuelvas mejòr, que te hé recibido.* Este es uno de los muchos Exemplares, que nos conservan las Historias para nuestra confusion, practicado por Hombres, que se hallaban ofuscados con las tinieblas de la Idolatrìa. *Eschines* pobre Discipulo, cuyo caudal era solo un deposito de buenos deseos, se ofrece à si mismo, porque no tenia otra cosa: y *Socrates* agradeciendo la sencillèz de su corazon, y el ànimo generoso que manifestaba en lo poco que ofrecia, lo estimaba tanto, que en lugar de murmuràr y reirse de la oferta; se dà por servido, y le promete su favór. Pobres son de conceptos, y eloqüencia algunos de aquellos Predicadores, que enseñan las verdades mas precissas a nuestro bien; pero son ricos de deseos, por nuestro aprovechamiento. Es verdad que son pobres de Rethorica, faltos de methodo, y poco eficaces en sus discursos: pero no obstante como verdaderos Discipulos de Christo, se ofrecen à si mismos por servirle, exponiendose á la cesura de los Críticos sin piedad; porque no pueden igualarse con los ricos de entendimiento, solo por pagar en algo lo mucho que á su Maestro deben. ¿Diganme los murmuradores, será aceptado este Sacrificio, que hacen de su sosiego, y descanso, por comunicarnos la doctrina, segun sus posibles? No tiene duda. ¿Pues cómo nosotros Ignorantes, desagradecidos, y necios con tantas ossadias críticas despreciamos lo que admite gustoso el Cielo? ¿Los que procuran emplear las luces que Dios les há franqueado en nuestro mas alto provecho, aunque sean muy cortas las que nos comuniquen, por qué hán de ser acreedores de la murmuracion, y de que les hagàmos objetos de nuestras burlas atrevidas? La buena crianza, la Claridad, y la Religion lo prueban, de que se sigue por precisa consecuencia, que aquel que tuviere la ossadia de murmuràr de los Predicadores, cumplirá con las leyes de una buena crianza, ni tendrà el amòr que debe á sus proximos, ni podrà decir, que practica las sagradas maximas de la Catholica Religion, que professa, pues ofende con la lengua los que debia veneràr con el respecto.

*Beneficium non in eo, quod fit aut datur consistit:
Sed in ipso facientis, aut dantis animo.*

Senec. I. Benefi. c. 6.

OCTAVAS.

Si Aquel que tocò el Arca inadvertido,
pago à el instante muerto su pecado,

el Detractor que ossado, y atrevido
del Arca de la Ley toca el Sagrado,
Se expone â verse necio confundido,
y con grandes tormentos castigado:
que son Arcas de Dios los que predicán
y guardan los preceptos que publican.
Por tanto tu atencion debe emplearse,
en venerâr de Dios los Oradores,
su opinion nunca llegue â guardarse
por lo brillante, el chiste, y los primores,
Pues su grân beneficio ha de estimarse,
por la verdad que enseñan sus fervores,
escucha â su intencion con rendimiento
y encontrará la luz tu entendimiento.